

Enrique González Rojo

LIBRO QUINTO

LA CURICIFIJIÓN DE LA HISTORIA

EL TEMPLE Y SUS ENIGMAS

Capítulo I

Donde un erudito franciscano habla de los orígenes del Temple.

Fray Pietro de Sant Alabano nació en Italia en 1271. Como muchos religiosos de su época, se dejó llevar hasta el frenesí y el delirio por la doctrina del santo de Asís. Reticente ante la burocratización eclesiástica de la Orden, cerró filas con los **espirituales** y aplaudió con alegría las resoluciones del capítulo de Perugia de 1322. Confundido por los pronunciamientos posteriores del papa y por las concesiones antifranciscanas de los altos dignatarios de la Orden fundada por San Francisco, terminó por convertirse en **fratricelli** a riesgo de ser ubicado por la Inquisición en el más allá de la ortodoxia. Para escapar a la excomunión y a los tentáculos sabuesos del Santo Oficio, se refugió en la Abadía de Melk cuando aún ocupaba, aunque por muy poco tiempo, el cargo de Abad del monasterio Paolo da Rímini. Allí abandonó para siempre toda lucha faccional y se dedicó al estudio y la investigación hasta devenir el más importante historiador medieval de las herejías. La **Historia Fratris Templari Heresiarche**, redescubierta

recientemente, es uno de los opúsculos más significativos del erudito italiano.

En su **Historia**, Pietro de Sant 'Albano escribe, en el capítulo XIV, y a partir del octavo párrafo, lo que, tras una cierta modernización del estilo, copiamos a continuación:

"El trágico final de la orden religioso-militar de los templarios ha hecho que muchos olviden la causa de su aparición y las innegables virtudes, cualidades y servicios que durante alrededor de dos siglos (el XII y el XIII) hizo que sobresaliera como una de las religiones¹ más abnegadas y combativas de la cristiandad".

"Una vez que la primera cruzada reconquistó el Santo Sepulcro, en 1099, Jerusalén en particular, y los Reinos Latinos de Oriente en general, quedaron bajo el custodio de tres de las diversas órdenes de caballeros que se fundaron en tal sitio: los templarios, los hospitalarios y los teutónicos."

"Las órdenes de los caballeros cristianos era **órdenes periféricas**, por así. llamarlas. Actuaban, en

¹ Nombre que se por aquella época a las órdenes religiosas (NE)

efecto, en la periferia del mundo cristiano: en Medio Oriente y en España.

"Las órdenes religioso-militares encarnaban una paradoja: ser la síntesis de la caballería -que no puede tener escrúpulos al hacer justicia- y una convicción -nuestro cristianismo- que, en contra de la ley del Talión, predica: "ama a tu enemigo". En el Temple, la cruz tenía urgencias de espada, pero la espada sufría remordimientos de cruz. Y eso lo demuestra la forma de ésta: clavada en el suelo una espada y emergerá una cruz. Pero también afilada el tronco de la cruz y nacerá la espada.

"Hughes de Payns fundó en Jerusalén la Orden, que después será conocida con el nombre de "el Temple", en 1119². En su inicio Payns y sus compañeros se dieron a si mismos la designación de "Pobres caballeros de Cristo". Hicieron votos de pobreza, castidad y obediencia ante el Patriarca de Jerusalén. Aunque aún no habían sido creadas las órdenes mendicantes (ni la actitud enérgica y extremista de los **fratricelli** franciscanos, para poner un ejemplo, había puesto a la orden del día, como lo hará con posterioridad, el ideal de la pobreza como **modus**

² Hay quien opina que fue creada un año antes. La verdad es que los comienzos efectivos de la orden -su idea original, sus prácticas iniciales de realización- son inciertos (NE)

vivendi, norma de conducta e imitación de Cristo), los primeros templarios -nueve en total- pensaron que no bastaba ordenarse caballeros y estar dispuestos a dar la vida por el **idearium** cristiano, sino que era preciso renunciar **individualmente** a la posesión de riquezas, al disfrute de comodidades y al apoltronamiento anímico derivado inexorablemente de los idilios apasionados con el oro y la plata. Resulta paradójico que una de las órdenes religiosas más ricas que registra la historia³ haya nacido bajo la advocación de la pobreza. Pero éste no es el único ni acaso el más importante de los diversos contrasentidos y antinomias que se gestaron en esta Orden durante su existencia.

Una vez que la primera cruzada liberó a Jerusalén, y que los cristianos pudieron respirar en paz al saber que los Santos Lugares habían dejado de hallarse bajo el dominio de los infieles, como si porciones de cielo se hubieran sacudido una incomprendible y nefanda custodia de demonios, se despertó en los pies de los creyentes -¡y quién en aquella época no lo era!- el hormigueo del ansia de

³ una religión que acumuló tantas propiedades, tanto dinero, tanto poder que llevó a algunos a sugerir que el origen fundamental de tantos y tan variados recursos no podía residir en las dádivas de la nobleza, en las ayudas y limosnas del pueblo o en las transacciones económicas naturales emprendidas por los mismos, sino en los secretos alquímicos de la Orden y en el descubrimiento de aquella piedra filosofal que condeada por los meandros de la magia a los metales más humildes a cumplir, mayestáticos, su edad de oro finalmente.

peregrinación. Toda persona de bien que conversaba con su corazón, sentía urgencias de llevar a su devoción a conocer el lugar donde nació, vivió y, más que nada, resucitó su Señor. Pero, al tiempo en que grandes muchedumbres, atraídas por las voces de ultratumba de los apóstoles o empujadas por la pasión misionera inextinguible de San Pablo, se desplazaba a la capital de Judea, comenzó a multiplicarse vertiginosamente toda suerte de manos largas, amigos de lo ajeno, salteadores o bandidos. Hacia 1118, el caballero champañés Hughes de Payns, con su reducido puñado de compañeros, se dedicó a la protección de los peregrinos en general y a guardar las vías de Jerusalén a los puertos del Mediterráneo en particular. Y ésta fue, al parecer, la inicial tarea o el servicio primo de los caballeros que después -ya fundada la Orden en 1119 como dijimos- acabaron por identificarse con la designación de **templarios**. No conocemos el apelativo de todos los fundadores de esta orden militar⁴. Dos nombres sobresalen, sin embargo, entre ellos: por un lado, Hughes de Payns, a quien ya mencionamos -y que al parecer no era ya joven cuando se dedicó a las santos y riesgosos menesteres de su profesión-

⁴ La historia posterior si nos entrega una lista de estos nombres -todos franceses- probablemente cierta: Hugo de Payns, Hugo de Champaña Godofredo Bisoi, Godofredo de Saint-Omer, Archibaldo de Saint-Amand, Pagano de Monte Desiderio, Gondemare, André de Montbard y Godofredo Roval, consúltese Lo templario de Ramiro Gil Coma, Editorial AUSA, p.11 (NE)

y, por otro, Godofredo de Saint-Omer -que, sin lugar a dudas, pertenecía a una familia flamenca de cierta importancia y buenas relaciones con el poder político y la curia.

De manera análoga a lo que ocurriera con los apóstoles -los cuales, una vez muerto y resucitado nuestro Señor, se distribuyeron, en afán misionero, el mundo de entonces⁵-, Hughes, Godofredo y sus compañeros, inmediatamente después de establecida la Orden, partieron cada uno a diversas partes en busca de donaciones, afiliados y militantes. Hughes de Payns se trasladó a Normandía en donde se hallaba en aquel momento el monarca inglés Enrique 1^o Éste, que era originario de Normandía, lo recibió con grandes muestras de estimación y le hizo muchos presentes de oro y plata. Tras de ello, y por indicaciones del propio rey, fue a Inglaterra y a Escocia, y en ambos lugares se hizo de amigos, partidarios y simpatizantes que lo colmaron de obsequios destinados a fortalecer una orden de "caballería santa" cuyo propósito esencial, amén de proteger, como asentamos, a los peregrinos, era

⁵ y también a lo que, en el siglo XVI, sucedió con los diez primeros integrantes de la Compañía de Jesús y compañeros de Ignacio de Loyola ((como Francisco Javier, Laynez, Le Fevre, Bobadilla, etcétera)) que se lanzaron a una catequesis pastoral por diversos países. (NE).

⁶ A quien se llamaba Beauclerk porque no sólo sabía leer y escribir, sino que entendía el griego y el latín, cosa inusitada en aquel tiempo para un príncipe.

servir con las armas al soberano de Jerusalén -Balduino II- en su lucha contra los turcos, Es casi seguro que la fundación de la **provincia** templaria de Holborn fue realizada por Payns precisamente en este viaje.

Godofredo viajó, por su lado, a Flandes, y obtuvo un resultado similar al de su colega recibió no sólo el apoyo de su familia, sino del conde Guillermo Clito quien le ofrendó donaciones francamente principescas. Los "pobres caballeros de Cristo" se vieron, así, convertidos sorpresivamente en dueños de una importante fortuna que fue el inicio de la cuantiosísima riqueza - en tierras, templos, oro, plata, etcétera- por la cual los templarios fueron el blanco de la envidia de no pocos soberanos, papas y órdenes eclesiásticas. Como veremos con posterioridad, la causa principal de la perdición de los templarios -no la única, desde luego, pero si la más visible, activa e implacable- fue el poderío económico, y el encumbramiento político anejo a él, que vertiginosamente fue creándose en torno a ellos vía las donaciones -provenientes más que nada del occidente cristiano, las limosnas y ciertas transacciones mercantiles hierosolimitanas que resultaron decididamente lucrativas. Es importante agregar, en efecto, que los

templarios añadieron a las funciones y quehaceres mencionados, la fundación, el control administrativo y la vigilancia de una banca de giro, cambio, descuento, crédito y servicio de cuentas corrientes.

Aunque hablar de lo que viene enseguida representa dar un salto en el tiempo, pensamos que resulta conveniente hacer notar desde ahora que llegará el momento en que el Temple será tanto el gran acreedor de Europa, como el gran mecenas de Occidente. Gran **acreedor** porque muchos príncipes, arzobispos, señores feudales en problemas, mercaderes necesitados de dinero fresco, acudieron humildemente a solicitar su ayuda y terminaron por verse sujetos y constreñidos a ellos mediante el férreo grillete de la deuda. Gran **mecenas** porque no pocos templos, parroquias, oratorios de aquella época -unos todavía románicos y otros ya góticos- fueron financiados con los recursos o las arcas generosas de esta orden religioso-militar que no sintió el menor escrúpulo de tener en el **agio** un permanente procedimiento de dorar su institución, en virtud de que el fin -tener una milicia religiosa eficaz y bien pertrechada- justificaba, a su modo de entender las cosas, el ser continuadores, amigos o discípulos, de Crespo, aquel rey mitológico

de Lidia que poseía más riquezas que un infinito cuerno de abundancia.

Volvamos un poco atrás. Balduino II y el Patriarca de Jerusalén se compadecieron de esos "pobres caballeros de Cristo" -antes de que se transformaran en la orden templaria- que habían hecho votos de obediencia, castidad y pobreza. Los vieron tan pobrecitos y desamparados que les concedieron algunas posesiones. Como carecían de templo -donde elevar sus preces a la búsqueda de ese **valor** o **temeridad** que es la óptima armadura del soldado- y también de vivienda -en que pudieran vivir y restañar sus heridas- el rey tomó la decisión de alojarlos en su palacio, no lejos del **Templum Domini**.

Pero detengámonos por un momento en este punto m Balduino les brindó un ala especial del palacio: la mezquita de Qubbat-al-Aqsa (donde Mahoma tuvo la visión de sus viajes a ultratumba mandada a edificar por el califa Omar hacia 637 precisamente sobre los cimientos del Templo de Salomón destruido en. 70. Tal vez resulte digno de interés reflexionar en el hecho de que los tres principales credos religiosos predominantes en Palestina y en el mundo occidental confluían simbólicamente en el sitio

adjudicado como alojamiento a los primeros caballeros del Temple, y conviene hacer tal cosa no sólo para advertir los vinculas, superposiciones y desplazamientos entre el judaísmo, el mahometanismo y el cristianismo, sino por el hecho curioso, pero explicable, paradójico, pero dotado de una profunda lógica, de que los templarios acabarán por constituir una orden que, a diferencia de las otras, o de la mayor parte de ellas, no estaba cerrada al estudio y al diálogo con las otras creencias prevaletientes en el mundo.

En 1127 los primeros templarios pidieron al patriarca de Jerusalén les concediera una Regla. Esteban pensó que la persona indicada para llevar a cabo ésta no era él, sino el papa. Honorio hizo una reflexión semejante y remitió al concilio de Troyes, en Borgoña, que se estaba celebrando por entonces, la demanda de elaborar una Regla para la nueva orden de caballeros. Es importante subrayar, aunque sea de paso, que, a lo largo de la historia del Temple, se conformaron por lo menos tres reglas: una, la primera y fundamental, redactada por San Bernardo (auxiliado, según algunos, por Luis XI, lo cual resulta realmente dudoso), la segunda,

realizada entre 1121 y 1130, hecha por Esteban de Chartres, patriarca de Jerusalén, y a la que se le conoce como "Regla latina", y la tercera, llevada a cabo en 1140, y que no es sino una versión en francés de la primera. Un año después, tras de haber habitado unos nueve años en el palacio, los templarios recibieron, por intercesión del papa Honorio III y de Esteban de Jerusalén, una "regla Primitiva" presentada por Bernardo de Claraval al concilio de Troyes (realizado en 1128 bajo la presidencia de Mateo, Obispo de Albania) donde fue aprobada⁷.

A los caballeros se les asignó, asimismo, un hábito blanco, parte fundamental de lo que vendría a ser su indumentaria característica, temida por los mamelucos y admirada por la cristiandad. Años después y con la venia del papa Eugenio (1145-1153) se incorporó al hábito mencionado una cruz roja, con lo que la vestimenta del Temple quedó plenamente conformada: el blanco representando la incorruptibilidad y el rojo el sacrificio.

⁷ Esta es la razón por la que no pocos autores piensan que Bernardo de Fontaine, o sea San Bernardo, "era el hombre que iba a hacer la orden del Temple", Louis Charpentier, **El misterio de los templarios**, Ed. Bruguera, B^arcellona, p.25. (NE).

CAPÍTULO II

En que el erudito Pietro Sant'Albano prosigue su narración.

Los padres del concilio de Troyes entregaron a la orden, como dijimos, su regla Primitiva, cuya traducción al francés no fue realizada sino hasta 1140. Otros documentos, como las "retracciones" (1165) que conformaban un libro de costumbres, los "Estatutos" que eran un libro ceremonial y "Las consideraciones" (1257--1264) que constituían un libro de disciplina, no eran sino replanteamientos o adaptaciones de la "regla Primitiva".

La regla emanada del Concilio de Troyes encarnaba un canon mucho más religioso que militar. Su significado era más que nada cisterciense. Y es que, a decir verdad, el surgió del Císter y, a través de éste, recogió las enseñanzas y aspiraciones de Guillermo de Aquitania y el abad Odón de Lagery, fundadores de Cluny. Este espíritu primigenio de la Regia, influido por San Bernardo⁸ fue respetado con unción por Hughes.

⁸ el abad de Claraval.

No obstante, con posterioridad, cuando Roberto de Craon sucede como Gran Maestro de la Orden a Hughes, de 1136 a 1149, se desarrolla imprevistamente en la Orden el "espíritu caballeresco" característico de la Provenza, y hacen acto de presencia en el Instituto la elegancia, la cortesía, "el gusto por una caballería bien plantada" y "el jolgorio y la admiración por los bellos corceles", además del deseo, asumido sin tapujos, de que todo se realizara "bella y suavemente"⁹.

En la época de Hughes, los templarios dedican prácticamente la mayor parte de su esfuerzo al Medio Oriente. A semejanza de Silvestre II -el papa del milenio-, Hughes no tuvo la visión suficiente para comprender que la defensa de los Pirineos y del sur de Francia, bajo la permanente amenaza de los seguidores de Mohamed y Alí, era tan necesaria, tan impostergable o más que la de Jerusalén. Los infieles habían puesto geográficamente entre paréntesis a la cristiandad y tenían la diabólica pretensión de irrumpir a pasos agigantados también por occidente. Por fortuna, en el pasado, el avance invasor del Islam fue detenido

⁹ Miriam Melville escribe: "Los Estatutos del siglo XIII son verdaderos tratados de caballería, y puede que el culto que dedican los templarios a "Nuestra Señora Santa María" no sea más que la exaltación de otro más carnal: el del trovador a su dama", p.31. (NE)

por los muros de Constantinopla y por las mesnadas de Carlos Martel. Pero ahora no habla la seguridad de poder repetir hazaña tal...

Hughes de Payns rindió su alma al Señor el 24 de mayo de 1136¹⁰. Payns abrió, con el aparente beneplácito de la fortuna, la lista de los Grandes Maestros de la Orden. El porvenir le sonreía y la historia parecía correr a favor de él y de ella. Jacques de Mollay será en cambio el que, casi dos siglos después, cerrará la lista de los mandatarios de la Orden. Cuando Mollay ocupa el puesto de Maestro en 1294 las horas del Temple están contadas y de ellas emana, como veremos en su oportunidad, un tufillo en el que se entremezclan intereses, intrigas, traiciones y el inconfundible olor a carne chamuscada.

¹⁰ Lo sucede como Gran Maestro Roberto de Craon, borgoñés, a quien se suele considerar como uno de los nueve caballeros que iniciaron la orden religioso-militar que nos ocupa.

REFLEXIONES

Gracias al talento organizativo de Roberto, de la familia de Craon, la Casa fue adquiriendo cada vez más una conformación jerárquica o un escalonamiento de pirámide. Si las extremidades del cuerpo humano poseyeran una pequeña mente para recibir las órdenes del cerebro, el tropo consabido que compara la dirección de un grupo social determinado **con la cabeza** y el conjunto integral de los subordinados **con los miembros de una organismo**, resulta de una sorprendente y siempre renovada exactitud. Del mismo modo, en efecto, que en el cuerpo del hombre no hay nada que pueda reemplazar a la materia gris y a la neuralgia de su responsabilidad volitiva, o también, de la misma manera que las manos o, los pies del hombre no le pueden dar un golpe de Estado a la cabeza, así la élite directiva de la Orden tenía la obligación de cumplir sin obstáculos su función orientadora y no podía permitir, porque ello sería absurdo y escandaloso, que un dispositivo democrático pretendiera poner el cuerpo en el lugar del alma y viceversa.

La estructuración jerárquica de la Religión conjuntaba, yendo de abajo arriba, el casal, la

encomienda, la provincia, el capitulo general y el Gran Maestro. Comentemos aquí entre nosotros que el verticalismo o la jerarquización en cuestiones organizativas deviene inexorablemente en una suplantación: los órganos superiores fagocitan o desplazan a los inferiores, diciendo en prácticamente todos los casos que se hace tal cosa para expresar, traducir, interpretar los intereses de la tase. Pero el ejercicio del poder es no sólo un fenómeno social que compete a la **autoritas** que se afirma como tiranía ilustrada o analfabeta, sino también a los súbditos o gobernados que consienten -o no intuyen cómo dejar de hacerlo- en doblegar la cerviz. Ahí donde haya eres con **almas de soldado, inexorablemente surgirá un estado mayor a la medida exacta de su debilidad e infantilismo.**

La "pirámide del poder" no nace, desde luego, con el Temple. Muchas son las agrupaciones sacras y profanas que asumieron en el pasado oriental y grecolatino diversas formas de la heterogestión, si por heterogestión entendemos una forma de estructuración orgánica que presupone la existencia del mandatario y los súbditos, los gobernantes y los gobernados, la cabeza que ordena y los sentidos o miembros que obedecen y ejecutan.

Dos formas organizativas característicamente heterogestionarias han sido, a lo largo de la historia, los agrupamientos religiosos y militares¹¹. La Orden que nos ocupa, como otras similares surgidas en la época de las cruzadas, presenta la peculiaridad -teocrática- de reunir la heterogestión en cuestiones religiosas con la heterogestión militar. Al pensar y decidir en vez de ellos, los Grandes Maestros, senescales, mariscales o comturos reemplazaban a los hermanos comunes en asuntos de vida y muerte que atañían a éstos, no sólo por razones piadosas, sino también por consideraciones de estrategia militar. No cabe la menor duda de que la forma verticalista de organización prevaleciente entre los caballeros teutónicos y de los caballeros de Malta, pero propia sobre todo de los caballeros templarios, influyó en Ignacio de Loyola cuando, acicateado por las urgencias de la contrarreforma, ideó la conformación de una nueva orden religiosa -la Compañía de Jesús- bajo una forma de milicias espirituales o huestes del Señor empeñadas en una batalla sin cuartel a favor del Evangelio¹².

¹¹ que con el nombre de masas artificiales, analiza acuciosamente Freud en Psicología de las masas y análisis del yo (1921).

¹² No siempre pacífica, como ocurrió por ejemplo en la Misión jesuita de Paraguay.

Cabe a Ernesto Renán el mérito de ser quien por primera vez -o por lo menos de manera elocuente y documentada- formula la tesis del **sustituismo**¹³, esto es, la descripción pormenorizada de cómo en la "pirámide del poder" la cúpula reemplaza a la base. Renán escribe: "La historia de la jerarquía eclesiástica es la historia de una triple abdicación: la comunidad de los fieles colocando todos sus poderes en las manos de los **presbyteri**: el cuerpo presbiterial llegando a reunirse en un solo personaje que es el **episcopos**; después, los **episcopi** de la iglesia latina anulándose ante uno de ellos, que es el papa"¹⁴. Como puede advertirse, la tesis de la "triple abdicación" no es sino la doctrina del sustituisimo, esto es, el conocimiento de que en buena parte de las organizaciones sociales -y, desde luego, eclesiásticas- ocurre un fenómeno de reemplazo o abdicación, por medio del cual los gobernados, mostrando el infantilismo de la dependencia, depositan el poder colectivo en unas cuantas manos. Para que no queda dudas de su análisis crítico, Renán añade: "Sucede en la Iglesia cristiana lo que ocurriría en un club donde los asistentes abdicaran en el tesorero, y éste, a su vez, en el presidente, para que después ninguno de los asociados, ni aun los más antiguos,

¹³ como lo llamaba León Trotsky.

¹⁴ Ernesto Renán,, **Historia de los oxigenes del cristianismo**, T, II, "Los; evangelios y la segunda generación cristiana", Argonauta, B. Aires, 1946, p. 403.

tuviera ninguna influencia, ningún voto deliberativo, ninguna comprobación en el manejo de los fondos, y el presidente pudiera decir: 'Yo soy el club'¹⁵.

Si damos un salto vertiginoso de varios siglos, nos hallamos que Trotsky, en su escrito **Nuestras tareas políticas**¹⁶ afirma que los métodos leninistas conducen "a la organización del partido a 'reemplazar' al partido, al Comité Central a 'sustituir' a la organización del partido y, finalmente, a un dictador a 'reemplazar' al Comité Central¹⁷, lo cual le hace gritar más adelante: "¡Sustituismo, siempre e sustituisimo!"¹⁸.

La tesis de Renán o las observaciones del creador del Ejército Rojo son importantes. Pero limitadas. Su falta de profundidad reside en el hecho de que son meramente descriptivas. Nos muestran el proceso -con frecuencia inconsciente- por medio del cual en la inmensa mayoría de las asociaciones que emprende el hombre, los individuos que se agrupan, de modo franco o velado, caen bajo la acción dirigente de sus líderes. Esto es lo que

¹⁵ IbId "La iglesia cristiana", p.509.

¹⁶ donde enjuicia la obra de Lenin Un paso adelante, dos pasos atrás .

¹⁷ León Trotsky, **Nuestras** tareas politicas Juan P. Editor, 1975, p.97.

¹⁸ Ibid., p. 79.

sucede. Lo que ha sucedido siempre. O casi. Renan o Trotsky muestran, señalan; pero no explican. No escarban buscando la razón de ser o el origen de los reemplazos o las abdicaciones. Freud y otros psicoanalistas han pretendido ir más lejos: están convencidos, y con razón, de que la jerarquización espontánea que surge en toda masa artificial responde a ciertas condiciones subjetivo-familiares en las cuales juega un papel principalísimo la libido desexualizada. Los factores que habitualmente cohesionan a un grupo (la identificación, por ejemplo, del caudillo con el padre, etcétera) caen dentro de esta explicación. La familia, sus valores, sus contradicciones, la compleja geometría de sus lazos afectivos reaparece en todas partes, inesperada, caprichosa, rotunda. A esta explicación, que enfoca el problema por el lado de acá, de lo subjetivo y psicológico familiar o, más precisamente, por el lado del niño, alucinado y confundido, que se oculta de por vida en nuestras entrañas, puede añadirse otra explicación, articulada con la precedente y de carácter más bien objetivo, que se funda en los efectos de la división social del trabajo y nos muestra que algunos individuos acotan ciertos conocimientos reales o ficticios y los hacen suyos, con lo cual pueden convertirse en guías, maestros, mandatarios o sátrapas de los otros. El sustituisimo es posible, en efecto, por^rque

existe una **clase intelectual**, una clase de hombres que, fragmentándose, se metamorfosean en cabeza o cerebro de los demás a sabiendas de que a los otros no les queda más camino que transmutarse, reduciéndose, hasta devenir sólo cuerpos o manos de los precedentes.

Pero las organizaciones jerárquicas o las masas artificiales a las que aludimos, no pretenden poseer un fundamento sagrado. No son, como las órdenes religiosas o las asociaciones místicas, colectividades que pueden tener un pie en la inmanencia y otro en la trascendencia o que sueñan con ser la frontera o el puesto de guardia entre la ciudad terrena y la ciudad de Dios. La jerarquización inherente a estas agrupaciones es una jerarquización humana sin coqueteos con lo divino, lo sagrado, lo numinoso. La jerarquización templarla, en cambio, al igual que la existente en todas las órdenes cristianas, tiene la pretensión de fundarse en el más allá. Se basa también en la abdicación o el sustituisimo; pero no en un reemplazo estrictamente terrenal, sino basado en el desplazamiento de lo humano por lo divino. El casal es sustituido, en efecto, por la encomienda, la encomienda por la provincia, la provincia por el capítulo general, el capítulo general por el Gran Maestro y el Gran Maestro por Dios. La jerarquía queda afianzada, así, como nunca.

La asociación no es el resultado del convenio tácito o expreso entre los gobernantes y los gobernados, sino entre el Creador y los dolientes juntos de sus criaturas.

CAPÍTULO III

En que el historiador Pietro de Sant'Albano continúa con el uso de la palabra.

Se puede afirmar que, durante las ocho cruzadas con que el Occidente pretendió de toda inutilidad ganarle al Islam la partida. y reconquistar los Santos Lugares para su fe, sus deseos de peregrinación, su seguridad emocional, las órdenes religioso-militares en general, y la de los Pobres Caballeros de Cristo en particular, no escatimaron esfuerzos, valor, midas. Los templarios, en compañía de todo el ejército, supieron avanzar cuando era necesario, haciendo que la palabra intrepidez luciera en medio del tráfago de polvo, sangre y gritos de la contienda, y supieron retroceder cuando la situación lo imponía, haciendo que el vocable dignidad apareciera al centro de los chasquidos, la angustia y la desesperanza de una batalla que merodeaba ya por los umbrales de la derrota. Los seguidores de Payns, Craon, des Barres, etcétera, se convirtieron poco a poco en imprescindibles: el Temple, con humildad y heroísmo, luchaba con denuedo ejemplar contra los infieles, lo mismo si se trataba de una escaramuza en Tiberiades, un choque de caballerías en Jaffa, un asedio, soportado inflingido, en Asacalon, una refriega en Nablus o una batalla franca y decidida en Gaza. Por

eso se fueron ganando el aprecio y la admiración de toda la cristiandad. Por eso templario llegó a ser sinónimo de valiente y desprendido, idealista y audaz.

La situación de estos caballeros, en el mundo eclesiástico de la época, era privilegiada, excepcional: dependiendo única y exclusivamente del sumo pontífice, nació y se desarrolló con un grado de independencia que no tuvieron otras órdenes. Para explicarse el rápido acrecentamiento del poder y del nombre del Temple en la década que va de 1130 a 1140, hay que tomar en cuenta, entre otros elementos, una bula de Inocencio II a Roberto Craon¹⁹ cuyo fin era emancipar a los templarios de toda autoridad eclesiástica y episcopal, con excepción del papa. Este grado importante de autonomía (que no dejará de influir en la historia posterior de los templarios de medio oriente, de España y Portugal, de Francia e Inglaterra) fue una de las causas principales por las que el Temple por lo general fue malquisto por el clero de la época y considerado como una organización caballeresco-religiosa al interior de la cual se realizaban prácticas desconocidas, rituales enigmáticos y procesos misteriosos de iniciación. La autonomía de que gozaban los templarios les permitió tener muchas y

¹⁹ Se trata de *Omne datum optimum*, de 1139.

muy variadas actividades, correr riesgos que otras órdenes de caballería religiosa no se hubieran atrevido a asumir, abrirse en muchos aspectos y cerrarse en muchísimos más, como lo recomienda la doctrina de Hermes Trismegisto. La actitud de los caballeros del Temple con los excomulgados de la época no deja de llamar la atención: lejos de cerrarles las puertas, verlos como apestados, señalarlos con la espada de fuego que todo dogma blande, los recibían en sus encomiendas y bailíos, los escuchaban con atención y estaban prestos a dialogar con estos individuos de quienes da lo mismo decir que se habían visto tentados por el demonio o que habían sido dejados de la mano de Dios. El mismo papa²⁰ reprochaba al Temple que brindara sepultura, en sus camposantos, a los restos mortales de no pocos excomulgados. Todavía más. No faltan indicios que muestren que los templarios intentaban comúnmente atraer a los excomulgados a su orden, someterlos a su jurisdicción, brindarles su ayuda y cubrir sus pecados de pensamiento o de hecho, de comisión o de omisión con el esplendoroso manto de la caballería del Temple.

(falta)

²⁰Alejandro III.